

Cecilia DÍAZ MÉNDEZ y Mónica DÁVILA DÍAZ
Familia, Trabajo y Territorio.
Tres anclajes sociales dinámicos para la integración
de las jóvenes en una sociedad rural difusa
 Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2008

Familia, trabajo y territorio, son para las autoras de este libro los tres elementos clave que definen la identidad de las jóvenes rurales asturianas. Con el propósito de esclarecer la situación de éstas, Díaz y Dávila realizan, a lo largo de su libro, un exhaustivo análisis que examina las percepciones de las jóvenes sobre las condiciones formativas, laborales y sociales del mundo rural.

Las autoras se proponen realizar, a modo de síntesis, una descripción de la situación social y laboral de las jóvenes rurales de baja cualificación del Principado de Asturias. Esto se debe, según argumentan las escritoras, a que las que permanecen en el medio rural son mujeres que, por un motivo o por otro, han experimentado el fracaso escolar.

En la primera mitad del texto, las autoras realizan un análisis cuantitativo con ánimo de revisar los indicadores tradicionales que se han venido utilizando para clasificar las unidades territoriales como rurales o no rurales. Para ello, llevan a cabo un análisis que mide las ventajas y las desventajas de las diferentes entidades territoriales como opciones que sirvan de base al análisis.

Parten de los inconvenientes y limitaciones que presentan el análisis municipal y las entidades singulares como unidades territoriales, en regiones donde existe una gran dispersión territorial o un elevado número de entidades de pequeño tamaño,

como sería el caso de Asturias. Pretenden poner de relieve la complejidad que entraña generar un modelo estadístico capaz de diferenciar los territorios rurales de los que no lo son, a partir de diferentes variables consideradas claves para entender la ruralidad.

En este capítulo, las autoras manifiestan el error que crearía discernir la naturaleza de un territorio rural/urbano, en función, únicamente, de su tamaño poblacional. La aparición de nuevos estilos de vida relacionados con vivir lejos de las grandes ciudades, la emergencia de las "ciudades dormitorio", la compleja composición de la población activa y la presencia de establecimientos industriales, hacen que sea imposible la medición de un territorio determinado sin tener en cuenta estos grandes cambios que están alterando el tradicional mundo rural.

Tras un cuidadoso análisis, Díaz y Dávila defienden a las entidades colectivas de población o *parroquias* como las unidades de análisis más idóneas. Alegan que éstas presentan una gran riqueza informativa y un menor sometimiento a la ley de secreto estadístico en las entidades singulares de población, debido a su menor tamaño.

Para ello, presentan unas variables clave que definen el paisaje rural asturiano, y crean combinaciones entre ellas con el objetivo de obtener diferentes tipologías de

ruralidad asturiana. Posteriormente, ponen en evidencia las características más destacables de la población en cuestión, teniendo en cuenta el ámbito territorial desagregado a nivel parroquial, la determinación de la población joven, que se ensancha en el mundo urbano (ampliándose a 30 años la consideración de personas jóvenes) y por último, la baja cualificación de las mujeres objeto de estudio.

En la segunda parte del libro, las autoras realizan un análisis cualitativo, el cual nos explica de manera detallada las imágenes y percepciones que tienen las jóvenes asturianas sobre los diferentes aspectos que conlleva la vida rural. Entre éstos, la baja cualificación y los lazos familiares son determinantes para la permanencia en el pueblo, lo que a su vez, junto con los cambios que se están dando en el medio rural, y con las escasas opciones laborales que éste ofrece, provocan una situación de precariedad e indefinición laboral en las jóvenes.

Las autoras exponen cómo las circunstancias sociales procedentes del ámbito rural crean en las jóvenes un discurso confuso entre empleo y territorio, obligándolas a decidir entre la permanencia en éste o no. La tendencia de las que deciden quedarse, dados los aspectos educativos y familiares que les influyen, las hacen ser participes de una masiva entrada y salida al mercado de trabajo y de una fuerte salarización que, de alguna manera, las lleva a un abandono progresivo del hogar de origen y a una adscripción de género en el hogar de destino.

Marcen una línea argumental que recorre los nuevos comportamientos y formas de vida que alcanzan las jóvenes rurales

como alternativa a la tendente desagrarización del medio rural. Una juventud que está, cada vez más, alejada de las actividades agrarias tradicionales y que se orienta de forma decisiva hacia un trabajo asalariado, normalmente precario e inestable, pero que a su vez no es percibido por ellas negativamente. Esto se debe, fundamentalmente, a la óptima oportunidad que éste les da para la combinación de sus pretensiones domésticas con las extradomésticas.

Tampoco se olvidan Díaz y Dávila, en esta sección, de hacer un repaso a la cuestión central que desde antaño ha envuelto los diferentes estudios sobre género: los diferentes roles tradicionales en el hogar. La apreciación de las autoras acerca de los roles típicos del hogar es sexista, y la manifiestan mediante críticas a esto y argumentos reivindicativos hacia la igualdad de géneros.

Cabe destacar cómo las autoras, en el análisis que hacen sobre la desigualdad entre géneros, distinguen dos discursos. Por una parte, afirman que el entorno rural no presenta peculiaridades al respecto que lo distinga del entorno urbano. Es decir, no existen diferencias rurales-urbanas respecto a la figura femenina doméstica, puesto que en ambos medios, progresivamente se da un comportamiento resignado a llevar el peso doméstico. Su mención se hace necesaria para romper con los estereotipos creados en torno a la figura del "ser rural". Y por otro lado, señalan que es exclusivamente en el ámbito rural donde existen desigualdades provenientes del control social que sufre la juventud, y aún más la femenina.

De entre las diversas hipótesis expuestas en el texto, para las autoras, es digna

de subrayar la identificación que tienen las jóvenes con el territorio, con el propósito de mitigar la incertidumbre derivada de los cambios acaecidos en el medio rural. Ni la dependencia con las urbes más próximas, ni la llamada “urbanización del campo”, eliminan el sentimiento identitario de la población. Son sin duda alguna, y a pesar de todo, jóvenes rurales.

De nuevo, Díaz y Dávila, a modo de conclusión de este capítulo, señalan que las fuentes hasta ahora utilizadas para los estudios de ruralidad no resuelven el problema de delimitación de las zonas rurales. Para solucionar esto, proponen diferentes tipos de indicadores que permitan un análisis que defina la ruralidad en el Principado de Asturias y que rompa con algo muy relevante para ellas: la tradicional e inapropiada distinción entre rural y urbano.

Los resultados de una serie de trabajos teóricos y empíricos confirman que es la parroquia, sin duda alguna, la unidad más

adecuada para cualquier aproximación a la ruralidad, consiguiendo evitar la infravaloración de la ruralidad regional. De esta manera, las autoras consiguen acercarse a una definición más correcta de ruralidad, en función, precisamente, del peso de lo rural que exista en cada zona.

Tras esta pequeña orientación sobre la deficiencia de los estudios sobre el tema, las escritoras hacen una descripción genérica sobre los colectivos rurales en Asturias, es decir, señalan brevemente, los posicionamientos y perfiles de las mujeres en el territorio, siendo justamente aquí, donde se encuentra de nuevo la confirmación de la principal hipótesis del estudio: las mujeres rurales son y se posicionan frente al territorio en función de sus relaciones con la familia y el trabajo.

INOVA CEJAS DELGADO
IESA-CSIC